



SUMARIO

Revista general.	El Dr. Fausto.
ERRORES POPULARES:	
Los espartanos del siglo XIX.	Dr. Larra y Cerezo.
Los niños encanijados	Antonio Torrero.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Junio	Dr. Tolosa Latour.
A los piés de usted.	A. Marin Perujo.
Refranes populares.	Dr. Alarcon.
El gran divorcio.	Dr. Gustavo Saenz Diez.
Los niños en la escuela.	La Redaccion.
JUNTO Á LA CUNA:	
El amor maternal.	Dr. Gonzalez Encinas.
Separacion.	Luis Vega-Rey.
CUADROS REALES:	
¡Pobres niños!	Miguel Ramos Carrion.
Una madre artista.	Pedro Bofill.
BENEFICENCIA:	
El sacerdocio de la infancia.	Benito Aviles.
Cartas á un diputado provincial.	Manuel de Tolosa.
La mujer y la Caridad.	A. Maestre y Alonso.
PENSAMIENTOS Y FRASES:	
A... (en su cumpleaños).	Juan Perez Zúñiga.
Una boda filarmónica	Francisco Asenjo Barbieri.
.	Pod.
.	Marqués del Busto.
.	Fausto.
.	Kant.
DICHOS Y HECHOS.	
Estado sanitario de la infancia en Madrid.	
Publicaciones recibidas.	
Correo. Anuncios. (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

Sea nuestra primera palabra de gratitud para el pueblo, que ha sabido responder á nuestro llama-

miento leyendo el número extraordinario publicado el día 15 del mes pasado, y á la prensa periódica, nuestra hermana cariñosa, que nos ha prodigado elogios que no olvidaremos jamás. Los periódicos políticos más populares, como *La Correspondencia*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Porvenir* y tantos otros, cuya lista sería prolija; los científicos como *El Siglo Médico*, *El Genio Médico*, *La Higiene*... cuantos circulan y son leídos, han tenido la bondad de *leernos* y hallar dignos de recompensa nuestros desinteresados esfuerzos.

A todos enviamos entrañable abrazo. *La Higiene* muy principalmente, inseparable compañera de LA MADRE Y EL NIÑO y su mejor aliada, reciba la expresion de nuestro verdadero aprecio por sus frases. En este mismo número su inteligente director Dr. Aviles demuestra en un precioso artículo que sabe sentir, pues se fija en un pequeño héroe desconocido y acaso menospreciado. Bien venido sea nuestro querido amigo entre los protectores de *corazon* de la infancia, y siga muchos años ayudándonos fraternalmente á ilustrar al pueblo, enseñar las madres y proteger los niños.

En este mismo mes la *Sociedad protectora de la Infancia abandonada y culpable* celebrará un Congreso internacional en París, del cual tienen conocimiento nuestros lectores y al cual hemos sido invitados. Trataremos en cuanto nos sea posible de corresponder á los deseos del ilustre señor Jorge Bonjean, y nuestros lectores tendrán cumpli-

da cuenta de cuanto ocurra en esa benéfica Asamblea, digna de apoyo y merecedora de plácemes.

Antes y después de las fiestas han abundado los crímenes y accidentes de todo género: niños secuestrados, madres asesinadas abrazadas á sus tiernos hijos; infelices criaturas maltratadas por quienes debían protegerlas, atropelladas por tranvías que hacen de Madrid un inmenso cocheron, ó caballos que corren en el hipódromo madrileño, sin contar las innumerables enfermedades que los bruscos cambios de temperatura han ocasionado... Bien puede decirse que el dolor amargó las naturales alegrías.

Lo que más impresiona es la suerte de esos pobres niños privados de sus madres por brutales accesos de locura de los autores de sus días. Leyendo estas catástrofes se piensa mucho en la urgencia de instruir y moralizar, neutralizando con las claras luces de la moral y de la ciencia las rojizas y sombrías ráfagas que el alcohol enciende en muchos cerebros desequilibrados. Por esta causa, cuanto se haga en favor de los maestros no estará perdido. Por nuestra parte dedicaremos buena parte de estas columnas á destruir errores pedagógicos de gran importancia. Buena prueba de ello es el capítulo de la obra de Galdós, *El doctor Centeno*, que publicamos en el número anterior.

Hoy ya aparecido el primer tomo de este admirable libro, que deben leer cuantos se interesen por la cultura del pueblo. ¡Qué hermoso estudio de la escuela de D. Pedro Polo y Cortés, que ya conocen nuestros lectores! ¡Qué cuadros infantiles tan reales! Al leer el libro último de Galdós se siente orgullo por tener un compatriota como nuestro ilustre amigo, cuyos libros no se juzgan, se leen, se sienten y se meditan.

Junto al *Doctor Centeno*, hay sobre mi mesa un tomo de poesías de Carlos Fernandez Shaw, un poeta de verdad, ante quien se abren amplios y luminosos horizontes.

Al hojear su elegante libro, adornado con un parecido retrato del joven autor que no ha cumplido todavía diez y ocho años, hallo, en una oda á Neron, los siguientes versos refiriéndose á la madre sacrificada por el sanguinario emperador:

«¡Ah, recuérdalo bien! ¡Sí! Te quería
con entrañable amor; si tú vivieras
y pudiera dejar la tumba fría,
aun cuando tú, cruel, la aborrecieras,
desalada en tu busca correría,
y aun con el corazón hecho pedazos,
en sus amantes brazos
con entrañable amor te estrecharía.»

¡Qué vigorosa y brillante pintura del amor materno! Fernandez Shaw ha escrito un tomo de poesías, cuyo mayor elogio es que quien lo tiene en las manos insensiblemente lo lee todo. Siga escribiendo, y los lauros recogidos y las envidias que su talento despertará ni le desvanezcan ni le desanimen.

El distinguido cirujano Dr. Encinas, de quien ha dicho Ortega Munilla en su *Crónica*, al hablar de nuestro número extraordinario, que «escribe con el mismo estilo de hierro con que en la carne enferma graba los espantosos poemas de la Cirugía», ha publicado una notabilísima obra científica que sentimos no poder analizar aquí.

Llamamos empero la atención de nuestros suscritores médicos acerca de este libro.

Entre sus más notables capítulos se cuenta los referentes al clima de Madrid y las condiciones orgánicas individuales que influyen en la gravedad de los procesos traumáticos. Encinas es un buen escritor, y las páginas de su obra tienen un sabor literario agradabilísimo que hace amena la ciencia que en ella abunda.

Y ya que hablo de éxitos y lauros, justo es citar el alcanzado por mi querido amigo Manuel Reina en el Teatro Español, con motivo de un precioso monólogo titulado *El dedal de plata*.

Las dulces emociones que en un alma desengañada provoca el contacto de esa alhajita doméstica que las mujeres guardan siempre, y que la niña ansía poseer en cuanto sus sonrosados deditos aprenden á manejar la aguja, están admirablemente expresadas. Su monólogo es una perla de sentimiento engarzada en el maravilloso y dorado encaje de poéticas y brillantes descripciones.

La Srta. Calderon compartió los aplausos que el poeta ha ganado en abierta y noble lid, conquistando para ello el corazón y la voluntad del espectador.

La visita de los reyes de Portugal ha provocado un ligero debate en el Senado acerca de la mendicidad, punto de que con algun despaño nos hemos de ocupar, y nos ha proporcionado ocasión de conocer algunos escritores y artistas portugueses. Entre estos últimos cuéntase la inspirada actriz Lucinda Simoes, de quien se ocupa el ingenioso escritor D. Pedro Bofill en este mismo número sólo como *niña* en sus primeros años y como *madre* en los actuales. La Sra. Simoes será doblemente simpática á los ojos de las madres españolas conocidos los detalles que ha recogido su biógrafo.

Cuando reciban nuestros lectores este número, la corte portuguesa se habrá alejado. Los médicos recordarán como fiestas agradables, que sólo se han de reanudar el invierno próximo, las veladas de los doctores Osío y Letamendi; las corporaciones populares pensarán seriamente en hacer economías despues de los gastos ocurridos, y nada más natural que sea en el ramo de Beneficencia.

¡Ah si se hubieran acordado de los pobres escrofulosos, y para solemnizar esta visita, en una de las hermosas playas portuguesas, al propio tiempo que en la costa mediterránea nuestra, se hubieran elevado dos magníficos *hospicios marinos!*..

¡Entónces qué entusiasmo, qué alegría, cuántas bendiciones!

EL DOCTOR FAUSTO.

ERRORES POPULARES

LOS ESPARTANOS DEL SIGLO XIX

No se hallaba el sol muy distante de su ocaso, cuando en una desapacible tarde del mes de Setiembre de 186... me encaminaba por la pintoresca carretera que une la villa de Motrico con Marquina, bordeando en uno de sus trozos los cerros á cuya falda se halla la abrigada playa de Saturran, donde está basada la sombría peña que da nombre á aquella residencia balnearia, y en la que tan triste desenlace tuvieron los amores de Saturnino Arana y Marichu Ederra, cuya leyenda refiere con tan conmovedores detalles como encantadora sencillez la pluma de Antonio de Trueba, el inimitable pintor de las costumbres vascongadas.

Distraído, casi sin pensar en nada de puro tener fija la imaginacion en lo grande, en lo sublime, en lo infinito, ideas que siempre despierta la vista del mar, sobre todo cuando éste es el que constantemente ruge, luchando con las escarpadas rocas cántabras, llegué á una curva de la carretera desde la cual se domina el pueblecillo de O. y se disfruta de un hermoso paisaje. En la tarde á que me refiero, el cielo, cubierto de nubecillas blancas, lanosas, al unirse á la vista en lontananza con la superficie del Océano, permitía confundir éstas con los montecillos de rizada espuma que denotaban hallarse picada la mar,* presagiando con el helado viento Norte que reinaba una noche borrascosa.

Sólo me separaban de O. los pocos centenares de pasos que dista de la costa, y no tardé en pasar el puente que á las puertas de aquél se alza sobre el Ubilla. Pueblo pequeño y esencialmente formado por familias de pescadores, tiene el sello carac-

terístico de la mayoría de las pequeñas localidades construidas al borde del gran escenario donde tan terribles dramas resultan de la osada lucha entre el hombre y el más poderoso de los elementos.

Despues de vagar por varias calles lóbregas y estrechas, dotadas de un empedrado inicuo y no muy bien olientes, divisé el pórtico de la iglesia parroquial, en el cual varios ancianos, con la chaqueta al hombro y fumando sendas pipas de oscuro tabaco, departían sobre la fatídica guerra de los siete años y los múltiples accidentes de la vida de mar.

Casi al mismo tiempo que yo, y por opuesto camino, llegaba al templo una animada comitiva, compuesta en su mayoría de mujeres con su negra mantilla de casco de paño con ribetes de pana, y de chiquillos descalzos y alborotadores. A la cabeza del abigarrado séquito marchaban una mujer más compuesta que las demás, y dos hombres con largas capas de alto cuello y bien cepillada boina azul turquí. El protagonista, el objeto único de la solemnidad que iba á celebrarse, dormía reposadamente envuelta en toscos pero blanquísimos pañales en el regazo de la que iba á ser su madrina. Se trataba de un bautizo.

Un bautizo es casi siempre un motivo de felicidad y alegría para todos menos para el que se abren con él las puertas de una santa religion cuyas grandezas desconoce, como ignora las miserias de la vida. El tierno infante recibe en aquel día sus primeras impresiones y sus pulmoncitos respiran un aire más puro pero menos tibio, ve una luz más hermosa pero menos tenue, oye ruidos inacostumbrados y sufre sobeteos abundantes, vestidos que le oprimen y engorros que le mortifican soberanamente, siendo el único víctima en medio del arrobamiento maternal, de los despilfarros del padrino, y de las felicitaciones y alegría de parientes y amigos.

El pequeño ó pequeña prorrumpe luego en acerbó llanto; ¿y cómo no ha de prorrumpir al encontrarse con la poco agradable novedad de una ducha de agua fría en la nuca, amarga sal en los labios y una atmósfera malsana como lo es la de nuestros templos, por lo general fríos, mal acondicionados, y llenos del humo y mal olor de las luces de cera y aceite?

Son sobrado ilustrados y sensatos mis benévolos lectores para dar á mis frases un alcance mayor del que tienen y he procurado darles. Nadie cual yo respetuoso con todo lo que debe respetarse por convicción y por tradición; nadie menos afecto á penetrar dominios ajenos á las ciencias naturales; pero creo un deber del médico, y principalmente del higienista, señalar el grave defecto de

llevar los recién nacidos con demasiada presteza al templo y al juzgado municipal; pues las leyes, mucho menos razonables que los preceptos religiosos, señalan plazo, y plazo muy exiguo, de presentación para inscribir los nacimientos en el registro civil. ¡Cuántas afecciones pulmonares, y no escasas de la vista, son debidas en los niños á esa lamentable precipitación de las familias, nacida de un buen deseo religioso y de la obediencia á leyes de quienes desconocían, además de los rudimentos científicos, otros más comunes á todos los seres humanos!

Pero como esta digresión va tomando demasiado vuelo y me obligaría á tratar con extensión asuntos delicados y controvertibles que acaso en no lejana ocasión me ocupen, haré punto y aparte y continuaré la auténtica y sencilla narración de una costumbre que revela ser, hasta cierto punto, verosímil el antiguo dicho de las comadres: *los niños tienen siete vidas como los gatos*.

Quedé en el momento en que, al par que yo, hacía alto bajo el pórtico de la iglesia de O. el animado grupo. Sentóse la madrina, y con ella dos ó tres mujeres más, en las anchas losas que cubrían el suelo del atrio, y con gran sorpresa ví que comenzaba á despojar al neófito de un sin número de mantillas, pañales, gorras, cintas, fajas y camisas ¡una envoltura completa! hasta el punto de dejar en el mismo atavío en que la recibió al venir al mundo la partera del pueblo á una hermosa niña. Abrió ésta sus negros ojos, miró espantada á su alrededor, se anubló su vista y un desconsolado llanto sucedió al primer asombro, mientras sus carnecitas, de sonrosadas, tornáronse pálidas, luego lívidas, y un temblorcillo nervioso agitó sus miembros, cuya piel semejava la de una gallina desplumada.

Aquella cruel tarea me indignó, é iba á interpelar duramente á las desnaturalizadas mujeres, cuando un nuevo personaje llamó mi atención y detuvo la palabra en mis labios. Era el párroco de O., hombre de más de sesenta años, poblada cabellera, encendido rostro y vivos ojos, risueño, fornido, casi rechoncho, con prominente abdomen y muy cargado de espaldas, cual ni necesitase este contrapeso para que su corpulencia pudiera permanecer en la estación bípeda. Dió una sonora palmada, y á una voz suya todos, con la desnuda criatura, cruzaron la nave hasta llegar al pequeño cuadro donde estaba la pila bautismal. No fuí de los últimos en entrar, y me coloqué en primera fila á fin de presentir en todos sus detalles la ceremonia.

Pusieron á la bautizada por nombre Beatriz, y mientras derramaba sobre ella la helada agua contenida en la pétrea pila, lanzando una estrepitosa carcajada, volvióse á mí el buen cura y pronunció estas palabras, que, á pesar de mis pocos años de

entonces y de los muchos trascurridos, quedaron fijamente grabadas en mi memoria:

— Usted será forastero, y tal vez no sepa que

De los pescados el mero,
de las aves la perdiz,
de las carnes el carnero
de las mujeres Beatriz.

Dicho lo cual su hilaridad sufrió un nuevo acceso y siguió derramando agua sobre la infeliz, que se desgañitaba y retorció en medio del impasible recogimiento de las circunstantes. Aquel cuadro, aunque cómico, tenía tintas sombrías que hacían recordar las terribles pruebas de los procesos de brujería de pasados siglos.

El bautizo terminó por fin, y al cabo de un cuarto de hora la pequeña Beatriz recobraba con sus vestidos el calor que tanto necesitaba, y regresaba al seno maternal, cuya temperatura tropical contrastaba con la del aireado atrio de la iglesia.

Bajo pretexto de visitar ésta entablé conversación con el atlético ministro del Señor, y no pude menos de exclamar al hacer referencia á la escena que acababa de presenciar:

— Es una inhumanidad exponer la vida de un ser tan débil en una fría tarde de Otoño.

— Quíá, no tenga Ud. cuidado — me replicó — lo mismo hacemos en las de Diciembre, y ya ve usted que los chicos se hacen luego bien robustos, y nadie como nosotros resistimos á los rigores del tiempo. Además que, si algunos sucumben, es para ellos una felicidad, pues más vale ir á la otra vida sin pecado que vivir unos cuantos años enclenque para morir más tarde, sin haber sido útiles á sus padres, ni á la patria, ni á Dios.

— Esa teoría — añadí — equivale á desenterrar la antiquísima costumbre de Esparta y Grecia, donde se entregaba los niños desde cierta edad á las rudas faenas y trabajos del gimnasio, de donde salían hombres incansables para la guerra ó cadáveres para el cementerio, pues opinaban los legisladores, y no rechazaban la idea los padres, que más valía un hijo muerto que un espartano inútil para defender hasta espirar su patria, llegando á la criminal exageración de sacrificar á los ancianos inservibles para la lucha.

— Confieso á Ud. — dijo el cura — que no me hallo muy fuerte en algunos puntos de Historia, pues con mis deberes religiosos y enseñar á los chicos la Gramática, como en muchos pueblos de estas provincias acostumbremos á hacer los sacerdotes, no me queda tiempo más que para leer mi periódico favorito, *La Esperanza*; pero creo que ante todo debe procurarse hacer seres fuertes y acostumarles desde que nacen á todo género de impresiones. Así lo hacemos muchos años há, y no

nos va mal; y cuando nuestros padres lo hicieron sus razones tendrían, y despues de todo la tradicion..., hombre, es necesario ser consecuentes con la tradicion.

Comprendí que sería estéril cuanta discusion sostuviésemos sobre una costumbre que ningun provecho reporta, que es inhumana, cruel y sólo tiene como defensa la tradicion, esa vieja achacosa, que, sobre todo en ciencia, sirve más bien para mantener vivas antiguas preocupaciones y errores, que para conservar costumbres y trasmitir consejos ventajosos para la salud de los niños y de los grandes.

DR. LARRA Y CEREZO.

LOS NIÑOS ENCANIJADOS

Sr. D. Manuel de Tolosa.

Muy señor mio y compañero: Doy á Ud. las gracias por la remision del primero y segundo número de *La Madre y el Niño*, á la vez que mi enhorabuena, porque esa publicacion satisface mis deseos de hace muchos años, cuales son excitar el interes hácia la importancia de los cuidados higiénicos y educativos de los niños.

Nadie como los médicos rurales sabe que en estos pueblos se mira con mucho descuido las enfermedades de la infancia, porque dominando la creencia: 1.º, de que no es fácil conocer sus síntomas; 2.º, de que su *tierna naturaleza* no puede soportar la accion de los medicamentos; 3.º, la difícil administracion de éstos y otros obstáculos con que coartan la libre accion del facultativo, prefieren dejarlos abandonados á su destino, y como dice el Dr. Benavente en su bien escrito artículo *Teta y gloria*, se consuelan exclamando: ¡Angelitos al cielo!

Pero si lamentamos ese descuido con que madres ignorantes ó inmorales desatienden á sus hijos enfermos, nunca nos consolaremos de no poder hacer más por esos niños de poco tiempo y mal nutridos, porque les falta el principal alimento, que sólo una madre puede proporcionarles: me refiero á los encanijados.

Mientras la madre se encuentra en su estado normal, muchas veces sucede que no puede proporcionar á su hijo leche con los elementos indispensables (en calidad ó en cantidad) para su perfecta nutricion; y conste que digo en su estado normal, porque sabido es de todos que muchos estados patológicos por necesidad tienen que influir en esa importante secrecion, modificándola en perjuicio de los que la reciben. Si la deficiencia de leche acaece en una madre ilustrada, acomodada ó amante de sus hijos, como son la mayoría de las madres, al ver el escaso desarrollo de su hijo, su falta de nutricion, indaga la causa, consultándolo con quien puede saberlo, y pone el remedio oportuno. Si esto acaece en una pobre, y más aún en un pueblo, procura acallar los *hambrientos gritos* de su hijo con migas,

gachas ó puches preparados con harina, aceite y miel, ó de otro modo, pero casi siempre con sustancias que un estómago delicado no puede digerir. La consecuencia de todo esto es que el niño contrae una de esas enfermedades que demuestran depauperacion en el organismo y que convierten la vida en un conjunto de sufrimientos.

En otros casos principia en la madre un estado que está en pugna con la lactancia, y al alimentar con su sangre un nuevo sér pierde la leche sus cualidades nutritivas, aún cuando la cantidad no disminuya considerablemente, circunstancia que hace que algunas madres sigan lactando á sus hijos, que van bebiendo el licor que alarga su lenta agonía.

Otras hay que, teniendo que suspender la lactancia, la sustituyen con la alimentacion ordinaria de los padres, siempre mala para el niño, y creen tenerlos así alimentados; error gravísimo que conduce á muchos al sepulcro. ¡Cuántas veces, al ir á extender la certificacion de defuncion de un niño, he titubeado al tener que clasificar la causa de su muerte, porque ésta no podía tener otro nombre que *hambre*!

Tal vez mis palabras hieran la susceptibilidad de muchas buenas madres: no me dirijo á éstas; tal vez crean exageradas mis afirmaciones; pero quien ha visto que le han dado la enhorabuena por la muerte de un hijo de poco tiempo; quien ha visto que á niños de ocho ó diez meses no se les buscaba nodriza, ni cabra, ni biberon, y que se les veía morir, y que se conformaban sus padres porque les era imposible proporcionarles ama, ó porque creían que podía pasar sin ella; quien ha visto estas cosas y abandono por un lado, y errores y miserias por otro, es preciso que, aunque con amargura, lo diga y lo advierta á fin de excitar todo el interese que asunto tan vital reclama.

Si las sociedades protectoras de la infancia cundieran, si posible fuera que en todos los pueblos tuvieran sucursales, y que de éstas formaran parte los médicos, tal vez podríamos mejorar la suerte y evitar la muerte de esos desgraciados seres, de esos *encanijados* tan desatendidos que mueren precozmente, sabiendo nosotros cómo se evita esto muchas veces.

Mucho trabajan los médicos rurales por conseguir éste como otros fines de higiene; pero están tan solos y tienen que luchar tanto, que su celo é interes se estrellan contra enemigos tan terribles, como son la indiferencia de unos y la peligrosa ignorancia de otros, lo cual da por resultado que despues de una larga predicacion, enmudece la boca y desfallece el ánimo al ver el escaso fruto que da su trabajo.

Yo deseo y le suplico que, teniendo en cuenta estas ligeras consideraciones (de las que puede usar con libertad), haga propaganda en este sentido si le parece, ya que tan elevados propósitos sustenta con relacion á la niñez.

Aprovecho esta ocasion para proporcionarme el placer de ofrecer á Ud., modesta pero sinceramente, mi escaso valer y amistad, quedando á sus órdenes afectísimo S. S. Q. B. S. M.

ANTONIO TORRERO.

LA CORNEJA (1)

A ROLLINAT

Sobre la torre altanera
Se alza un pájaro sombrío,
Como una negra bandera
Sobre el mástil de un navío.

La corneja, que da al viento,
Al lucir la primavera,
Su fatídico lamento
Sobre la torre altanera.

Simbolo es del canto mío
Este pájaro sombrío,
Que está en la torre altanera
Como una negra bandera
Sobre el mástil de un navío.

MANUEL REINA.

Mayo 1888.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE JUNIO

La elevada temperatura que se experimenta en este mes durante el centro del día, obliga á las madres á no sacar los niños á la calle sino á la caída de la tarde, ó por la mañana ántes de las diez.

Será muy conveniente empezar á bañarlos, sobre todo á los escrofulosos, en agua salada y fresca. No se les dará refrescos con hielo por la noche, estándoles permitido bebidas frescas de naranja, grosella ó zarzaparrilla.

Saldrán siempre á los paseos prevenidos de abrigo y sombrilla. Se cuidará que las horas de comer sean regulares, los alimentos nada picantes é indigestos, manteniéndoles el vientre libre y no empleando medicamento alguno para combatir diarreas ó estreñimientos sin consultar el médico de la familia.

A LOS PIÉS DE USTED

CONSEJOS HIGIÉNICOS

Si los guantes constituyen un adorno más ó menos útil cubriendo nuestras manos, el calzado es otro adorno para los piés, pero un adorno ya completamente indispensable y necesario. Estos pobres órganos del cuerpo humano, los más inferiores y humildes, los que sostienen el peso de toda una máquina complicada y grandiosa, los que tropiezan sin cesar con mil obstáculos, los que nos llevan con la mejor buena fe y voluntad al sitio que deseamos, los menos favorecidos por propios y extraños, los que, en fin, estrujamos, apretamos y martirizamos cruelmente, bien merecen un pobre artículo.

Aun para nuestros antiguos atletas, avezados á los

ejercicios de la caza y las luchas de la guerra, no debi- ser muy agradable andar por los caminos y montañas con los piés desnudos, y, por consiguiente, estropeados, ulcerados y heridos á cada paso; así es que en tiempos remotos usaban ya, para cubrirse del mejor modo posible los piés, grandes hojas, algunas cortezas, ciertas pajas y aún pedazos de pieles de animales. Como gran innovacion se tuvo en tiempo de los romanos el uso de una suela de cuero sostenida con unas cuerdas, y no fué poco ruidosa la revolucion que vino con el empleo de los *borceguies*, calzado famoso en tiempos no muy lejanos á nosotros, que aún ostentan con orgullo casi todos los campesinos de nuestras aldeas.

Insensiblemente ha ido operándose el adelanto que era de desear; y aunque todavía cuentan con partidarios los borceguies, chanclos, chinelas, sandalias, almadrerías y abarcas, el elegante zapato y la bota, no ménos elegante, suplen hoy en todos los pueblos de alguna importancia á aquéllos.

Pero vamos á la cuestion importante, que es la que más debe interesarnos. ¿Es higiénico, es cómodo el calzado que se usa en nuestros días? Del modo más rotundo debemos contestar: no, no lo es. Una moda funestísima, ridícula é incomprensible, ordena con voz de mando aparecer en sociedad con un pié pequeño y hasta diminuto. Muchas, y aún muchos (esto sí que parece incomprensible), que tienen grande, horriblemente grande el pié, quieren aparentar pié pequeño, ó por lo poco, no tan crecido como en realidad es. Esto no se consigue sin violentarle y estrujarle. ¿Continúa la compresion un día y otro día? Ya tenemos al individuo lleno de angustias y martirios para toda su vida. ¡Bien caros pagamos estos hábitos, increíbles en países civilizados!

Mas el caso es que otros países y otros pueblos muy lejanos y distintos de nosotros también *caen*, y con inconcebible exageracion, en esta especie de manía.

Aún creo que hay habitantes en el Paraguay y la California que se cortan las falanges de los dedos y aún las de los piés cuando pierden algun individuo de la familia. Por cada persona muerta es de rigor cortarse una falange. Ocurren á veces muchas defunciones, y las falanges cortadas han de ser ya de los dedos del pié, quedando éste en casos tales reducido á un tamaño enormemente pequeño. Bien es cierto que, si esto acontece, no es por exceso de coquetería.

Los chinos y japoneses hacen consistir la belleza de la mujer en que tenga ésta el pié diminuto para que pueda ajustarse un zapato de una niña de cuatro ó cinco años. Para conseguir esto, cuando nace una niña le aprietan los piés con tanta violencia, que, ya horriblemente estrujados y oprimidos, no podrán nunca tomar incremento.

Sabido es también que las coquetas de Pensilvania se hacen cortar el dedo pequeño de los dos piés para ostentar un pié pequeñísimo, aunque tengan que sufrir anestesiadas una operacion horrible.

Nuestras jóvenes españolas mostrarán acaso sorpresa y horror al oír estos hechos; y, sin embargo, otras torturas, acaso más horribles, y sobre todo más continuas

(1) De una coleccion inédita de cantos titulada *En Primavera*.

y permanentes, se imponen gustosas por hacer ostentacion de un pié bonito; es decir, que parece bonito por fuera, porque lo que es por dentro, ó sea desprovisto de cubiertas, muy feo, ulcerado y acaso asqueroso se presentaría á quien lo viese.

Cosa horrible es la amputacion de un dedo, ciertamente; mas, ¿no será tan horrible torturar, oprimir un pié en una bota reducidísima?

Yo no sé qué dominios son los de esa funestísima y poderosa reina llamada moda; pero no podré menos de clamar contra una costumbre tan fatal que sume en la desesperacion y desgracia á muchísimas personas de nuestra corte; no podré menos de aconsejar, de suplicar, si es preciso, á las jóvenes madrileñas la holgura del calzado siempre; y, en fin, me permitiré tambien recomendar á los médicos que interpongan su valiosa influencia para desterrar, para *aminorar* siquiera, los estragos del calzado estrecho.

No es cuestion baladí y superficial que haya de despreciarse. Hipócrates y los médicos antiguos estudiaron algunas particularidades muy dignas de tenerse en consideracion sobre este importante asunto, y esto cuando el calzado tosco, vulgar, pero sencillo é higiénico, no tenía otro objeto que el de proteger y cubrir el pié. Calcúlese lo muchísimo que han de hacer los médicos ilustrados de nuestros días al ver convertido el calzado en arma homicida y cruel de los piés.

Digase en buen hora que soy exagerado y acaso poco oportuno. Yo veo, como todo el mundo ve, que muchísimas mujeres (y aún muchísimos hombres) cojean, ponen cara de vinagre, se sientan á cada paso, se desesperan, quedan vergonzosamente rezagados en expediciones, paseos y espectáculos, quitándose al fin la bota, causa de tantos martirios. Una ligerísima falta de equilibrio, una insignificante pisada, una pequeña vuelta, trae angustias, dolores y hasta el desmayo.

Examinemos el pié libre ya de la cubierta que le oprimía. ¡Qué horroroso espectáculo! Ora vemos los dedos cabalgados, encogidos, estrujados cruelmente; bien la piel encendida, inflamada y sensible; ya la uña del dedo gordo introduciéndose cada vez más persistentemente en las carnes, ó, en fin, las ulceraciones, los callos, las rozaduras, las heridas y los ojos de gallo haciendo estragos por todas partes.

Ante estos males se pretenderá adquirir un remedio infalible y cómodo (que no existe); se irá en busca de un callista; pondráse al momento en práctica todo el repertorio de remedios empíricos, y hasta chabacanos, que á porfía proporcionan amigos y conocidos; se cogerá con valentía y decision la lima, la navaja de afeitar; pensaráse momentáneamente, sólo momentáneamente, en botas anchas, muy anchas; se buscará el reposo en casa ó el café, mas no se hará lo que debe hacerse, no se buscará en un calzado apropiado é higiénico el remedio para tantos sufrimientos. Viene un momento de alivio, y el calzado oprimido, la cuña que despedaza las carnes se ostenta en sociedad como detalle de alto tono. Y hay que advertir y tener muy en cuenta que estos males traen á la larga otros tan graves ó más graves.

El carácter tórnase adusto é irascible; no proporcionan placer las cosas más agradables; viene insensiblemente la pereza, el reposo, la vida apoltronada y anti-higiénica; huye el individuo de la actividad, de los negocios; es víctima de martirios incesantes, y con su pequeña enfermedad de los piés, que al fin es enfermedad rebelde y grave, no disfruta de todas las ventajas de la civilizacion, se habitúa al sufrimiento, y poco á poco, muy poco á poco pero seguramente, llega á la decrepitud no pocos años ántes de lo que debiera.

Esto es lo que yo observo, esto es lo que cualquiera observa. La moda no se halla dispuesta á ceder en sus ridículas y funestas extravagancias. Los adoradores de esta diosa, aún teniendo de repuesto discos, ungüentos, limas, papeles y otros innumerables objetos para los callos, que tanto les hacen sufrir, *siguen* con los zapatos estrechos. Los callistas continuarán permaneciendo mudos, recomendando tal pomada, cuál emplasto, pero nunca el remedio verdadero y eficaz, que es el calzado higiénico. Bien es cierto que se arruinarían si otro método siguieran, porque los clientes, los tipos indefinibles que se oprimen los piés, disminuirían notablemente.

¿Qué hacer ante tamaña equivocacion de gran parte de la sociedad? ¿Permanecer indiferentes? ¿Decir que allá se las hayan los individuos que tan torpemente se buscan los padecimientos? Pero ¿y esto no ocurre con muchísimas y diversas enfermedades?

El asunto es muy importante. Desarróllelo en libros, folletos ó periódicos quien tenga títulos para ello, en la seguridad de que hará un gran bien, que muchísimas personas y la Higiene pública se lo agradecerán. Aquí sí nos permitiremos dar á los lectores, á las madres de familia sobre todo, unos pobres consejos, que de todas veras les rogamos sigan al pié de la letra, no sin hacer ántes la correspondiente salvedad que reclaman las anteriores líneas.

Muchas, muchísimas personas padecen de los piés *á pesar* de llevar calzado holgado é higiénico.

Los consejos y advertencias que la Higiene recomienda son los siguientes:

1.º Casi todos los padecimientos del pié son originados por el calzado oprimido, y sólo por esto.

2.º El remedio por excelencia, muy lento, pero seguro, para curar éstos, consiste en llevar el calzado llamado higiénico, *ajustado á la garganta del pié y algo holgado en el resto.*

3.º Los infinitos remedios preconizados contra los callos son ineficaces, inseguros, pal iativos todo lo más, y en casos extraordinarios curativos.

4.º Son altamente inconvenientes los tacones exagerados. No es posible imaginar cosa mejor para caer, perder el equilibrio y sufrir mil martirios.

5.º El calzado ha de ser flexible para que se amolde á los órganos que protege.

6.º No convienen materiales impermeables, que amontonan las secreciones, ni demasiado laxos, que dejan penetrar las humedades.

7.º En estaciones frías se usarán botas, y en los meses de calor zapatos.

8.º Muchas enfermedades agudas de gravedad son ocasionadas por el enfriamiento de los pies.

9.º Ha de usarse calzado con suela fuerte y gruesa que no deje penetrar la humedad.

10. El olor fétido que exhalan muchas personas, sobre todo en verano, no depende de predisposición ó enfermedad, como hasta ahora se había creído: depende de la suciedad de los pies, del poco aseo. Por lo tanto, es facilísimo el remedio para precaverse de este olor asqueroso que nos hace huir de ciertas personas.

A. MARIN PERUJO.

REFRANES POPULARES

A los niños, de pequeños; que no hay castigo despues para ellos.

Al enhornar se tuerce el pan.

No me pesa de mi hijuelo, que enfermó, sino del mal uso que tomó.

A la vasija nueva dura el resabio de lo que se echó en ella.

Ceño y enseño, de mal hijo hace bueno.

Al niño su madre castiguele, límpiele y harte.

DR. ALARCON

EL GRAN DIVORCIO

Siempre oigo con sonrisa el clamoreo de los que tratan de impedir la separacion entre *dos almas y dos cuerpos*, enlazados por la Iglesia á título de matrimonio para la constitucion de la familia.

Y es porque de continuo veo divorciarse y desunirse *una sola alma de un solo cuerpo*, ligados por el Supremo Hacedor en nuestro organismo para constituir el individuo, sin que se proteste tan enérgicamente ni procure evitar con tanta actividad dicho *divorcio*, mil veces más pernicioso que el primero y generalmente origen de éste y del adulterio.

A este *gran divorcio*, á esta lucha gigantesca y silenciosa, á este incesante batallar entre la materia y el espíritu, se debe la falta de armonía y el desequilibrio entre las facultades psíquicas y las funciones de nuestra organizacion, que en último término desgastan ó consumen la vida ó precipitan nuestra muerte á la manera del héroe de la *Piel de Zapa* de Balzac, como la de las *Gloria y Desheredada* de nuestro admirable Perez Galdós, ó bien como la del infortunado *Werther* de Goethe.

No bastan el legislador, el cura y el médico para impedir el desarrollo de este gran divorcio; pero, siguiendo sus máximas y consejos, pueden bastar los *padres*.

Cuando *todos éstos* eduquen sus hijos y los enseñen á ser *casados y padres*, conforme ahora se les educa para comerciantes, militares y diplomáticos, y cuando crien sus hijas para *esposas y madres*, el mal irá decayendo y no intentarán, como actualmente, ser representantes de la sociedad el *positivista*, la *histerica* y el *escéptico*.

Deben desterrarse para siempre los *figurines animados*, las *momias egipcias* y los *sepulcros blanqueados*.

Con fe, mucha fe, y con gran paciencia pueden los padres conseguirlo, enseñando á sus hijos á *sentir, pensar y querer* armónicamente, en proporción de su desarrollo físico, y no por encima ó debajo de éste, pues, de no hacerlo así, nuestra raza acabará con el estertor del último físico, con el último estremecimiento convulsivo de la histerica, con el acceso final de una fiebre cerebral, con el último é impotente latido de un corazón hipertrofiado, ó con el postrer pistoletazo del suicida; como termina la mejor obra musical con la última vibracion del postrer sonido.

Esto es lo que pienso (já pesar mio!) al entrar en las salas de un hospital, en los patios y celdas de un manicomio, en las cuadras de un presidio ó en las calles de un nuevo cementerio.

¿Habrán pensado en ello también los lectores de ésta Revista?

DR. GUSTAVO SAENZ DIEZ.

LOS NIÑOS EN LA ESCUELA

Desde el próximo número, y correspondiendo á las deferencias de numerosos suscritores pertenecientes al profesorado, publicaremos una serie de artículos ilustrados con grabados, referentes á varios puntos de higiene escolar, y los cuales seguramente serán del agrado de nuestros lectores.

En ellos se tratarán los siguientes puntos: *Las enfermedades contagiosas y su profilaxis*. — *Los trabajos mentales*. — *Higiene sensorial*. — *Un colegio modelo*. — *Maestros y maestras*. — *Higiene pedagógica*, y otros muchos que tenemos en preparacion.

JUNTO Á LA CUNA

EL AMOR MATERNAL

(Conclusion)

Es indudable que el amor maternal es una inclinacion primitiva y fundamental en la economía animal. La mujer adoptada por el salvaje nutre siempre á sus hijos con propia leche, y en las marchas largas y penosas que emprende lleva dos ó más sobre sus hombros, que, cubiertos malamente, se encuentran dulcemente asidos, y élla se deleita en conllevar tales fardos. La mujer salvaje jamás maltrata á sus hijos, y cuando son enfermos, no sólo no los abandona, sino que, entónces como nunca, les colma de cuidados y caricias. Cuando muere alguno se arrodilla en su tumba y llora amargamente el tesoro que ha perdido, quedándose inmóvil no pocas veces, durante algunos días, sobre la tierra que cubre á tan querido despojo, y su aniversario es constantemente para ella un día de duelo.

El amor maternal da tal valor que parece ser superior á las fuerzas naturales, siendo tan duradero cuan-

to pueden exigir las necesidades de los hijos de la proteccion de su madre; frecuente es ver pequeños y débiles seres soportar sufrimientos y acometer peligros que maravillan al hombre; pero tambien hay casos en que el instinto de la maternidad, que hace tales portentos de bravura en los seres de complexion débil y tímida, produce pusilanimidad, temor y hasta terror en las fieras más feroces. El que ha sido cazador de osos habrá visto con demasiada frecuencia los horrores producidos por estas fieras, especialmente la hembra, cuando se persigue ó se han cogido sus cachorros; pero alguna vez, como á mí me ha ocurrido, habrá visto con la mayor sorpresa que acósada esta fiera, no hallando salida para la defensa ni huida de sus hijos, los ha tomado en sus brazos, llenándolos de caricias y dando gritos lastimeros, con que parecía imprecargar perdón para sus tiernas criaturas. Alguien retiró su arma de la puntería conmovido por tan tierna escena; otros remataron á tan sublime madre, que, aún en medio de la agonía, continuó sosteniendo á sus hijuelos!

En la especie humana el amor maternal desenvuelve más energía; y si bien no puede ser mayor es al ménos más interesante, porque este sentimiento se extiende y se perfecciona en medio de las relaciones en que nace. Como el instinto de relacion ó sociabilidad lo embellece todo, nada iguala al encanto que la educacion imprime á esta especial afeccion; todos los proyectos que por él se tienen son verdaderos placeres, y todas las fatigas que proporciona se convierten en satisfacciones. La mujer nacida en la clase de buena educacion social, no limita su tarea á los cuidados materiales que exige la conservacion corporal de su hijo; además se ocupa en engrandecer su inteligencia, en formar su moral, en inculcarle todos los atributos de su espíritu, en imprimirle toda la sensibilidad de su alma, revistiéndole de su carácter, dándole su idioma, el timbre de la voz y hasta el juego inocente de su fisonomía naciente; ni á uno solo de sus movimientos deja de facilitarle la gracia: de este modo tan complejo y no ménos completo es como influye en sus futuros destinos.

El verdadero amor maternal, como amor humano, comienza donde concluye el animal; la mujer no puede llegar á ser madre, segun la ley moral de la Naturaleza, hasta tanto que trabaje en desenvolver el alma de sus hijos. Su mision sobre la tierra no es la de procrear un sér bípedo é inteligente; el mundo y la sociedad la exigen un hombre completo; un hombre cuyas pasiones participen de lo bello é infinito; que sepa ser buen hijo, elegir su compañera, inspirar á sus hijos, y, en fin, que sepa sacrificarse por el deber y la virtud. En la maternidad hay para la mujer un doble deber, así como para el hombre hay un doble nacimiento: nacer á la vida, es nacer solamente al placer y al dolor; nacer para el amor de la humanidad es el verdadero nacer, y este segundo nacimiento nos le debe nuestra madre, si es que quiere gozar de otro bien más importante que el de vernos respirar y digerir; de aquel bien que Shakspeare expresó tambien por boca de una madre al decir: «Experimenté mucho ménos placer cuan-

do lo sentí nacer que cuando lo ví practicar una accion de hombre.» Seguramente que la mujer no estará, ni está, al ménos en nuestro país, bastante convencida de su doble mision, de su duplicada lactancia, material y moral, para que pueda llenar y satisfacer cuanto abraza y comprende el amor y el deber maternal. ¿Quién sabe si en esta tan grave falta se hallará la causa de la carencia de sentimientos elevados, patrióticos y desinteresados que se nota por todas partes y en todas las capas sociales? Que este defecto existe, es indudable; pero, no obstante, la responsabilidad corresponde al hombre; al hombre que la adula, á todo el que la miente, porque es á quien cree.

No hay nada de reflexivo: todo es espontáneo en el amor de una madre. Hacía falta que la Naturaleza envolviera tan tierno misterio con todas las ilusiones del bien más completo; porque si de antemano supiera todos los escollos que amenazan su existencia, así como la importancia que alcanzan sus deberes, no habría mujer que no temblase ante la peligrosa y difícil tarea que le había sido impuesta por la Naturaleza.

Una madre es el modelo de las virtudes que tienen su asiento en el corazón; la ternura, la afeccion, la paciencia y la devocion, son inseparables de la idea de madre. Entre los antiguos, una mujer sin el título de madre era considerada en desgracia del cielo, y en todo tiempo la mujer ha sido orgullosa con este título. Por él solamente la encontraremos hoy superior al hombre. Doncella, el más débil ruido, la presencia de un insecto la hacen palidecer de miedo; pero, una vez madre, su valor se manifiesta á toda prueba, y hasta no temería arrojarle á las garras de un leon para arrancarle á su hijo. En este superior estado de su vida se desenvuelve en ella una nueva potencia, una fuerza de carácter que le era desconocida. En lo sucesivo, y aún en medio de las mayores desgracias, amará la vida, no por sí misma, sino por la de sus hijos, importándole poco ser desgraciada con tal que pueda llegar á ver la felicidad de aquéllos. Impórtanle nada sus privaciones, sus sufrimientos, siempre que nada falte á los mismos y se encuentren satisfechos.

En sus hijos, la madre amará lo mismo sus defectos que sus cualidades. Este sentimiento maternal, ciego para cuanto le rodea, absorbe todas sus ideas y sus sensaciones, no viendo en el mundo otra cosa que lo que á él se refiere. Por eso amontona sobre la cabeza de su hijo toda clase de votos y de esperanzas; unas veces ve en él un gran magistrado, un general, y ¿quién sabe? hasta un emperador; porque la madre rodea la cuna de su hijo con los más bellos desvaríos. Una apariencia solamente de enfermedad la hace temblar por su vida, y si un verdadero peligro se le declara, ¡con qué apuro no reclama el auxilio facultativo y el del mundo entero, pues nada le basta! Parece que no hay nadie que no pueda interesarse por tan débil criatura. ¡Con qué fervor no invoca la proteccion de Dios y de los Santos! ¡El marinero más religioso durante la terrible tempestad, no es tan piadoso como una madre cuando tiene á su hijo enfermo de gravedad!

En el amor maternal todo es extremado; pero, por penosas que lleguen á ser las fatigas y quebrantos, cuando alcanzan su fin son lo más dulces para el corazón que las experimenta. Yo he visto á una desgraciada madre, cuyo tierno hijo corría el peligro inminente de sucumbir á una viruela confluyente, hacerle la succión de las pústulas con sus mismos labios, proporcionándole de este modo aquella limpieza tan necesaria en el curso de esta enfermedad; y empleando este medio tan suave, tan fino y tan delicado, pero á la vez tan repugnante, juntamente que rodeándole de toda clase de cuidados, sin dormir ni un solo instante, logró arrancarlo de los brazos de la muerte. Es indudable que si á esta madre no se la hubieran alcanzado tantos sacrificios, los habría apurado todos, incluso el de darle su vida y su alma.

Me parece haber dicho bastante acerca de este inagotable sentimiento, al cual debe el mundo su duración; sobre este amor tan constante y tenaz, sobre esta pasión atractiva, la más natural y rica en emociones, que crece con las contrariedades y solamente cesa con la existencia, el amor se embota, la amistad se altera, la ambición se debilita; pero en el amor maternal hay algo imperecedero que lo sostiene siempre en el mismo grado.

DR. ENCINAS.

SEPARACION

— ¡Adios, hijo de mis entrañas, partícula de mi vida!

— A Dios voy, y con Él volveré si Él quiere, porque Dios está en todas partes.

— Pero yo he de rezar por tu vida.

— De tí la he recibido y volveré por ella.

.....
Así se despidieron dos seres encarnados en la doctrina de Jesús.

.....
Partió el hijo.

La madre le esperaba como espera el ave acurruada en la seca arboleda los primeros rayos del sol primaveral.

¡Cuántas fatigosas noches! ¡Cuántos dolores no comprendidos vieron las auroras pasar en tan triste separación!

Buscó la madre al hijo con solícito anhelo y febril deseo; porque es preciso que el pensamiento comprenda que la mujer se trueca en divinidad cuando da al mundo algo de su sér.

La madre no había podido dar la sávia de sus pechos al hijo de sus entrañas.

¿Qué más separación?

La madre, que es el primer principio de la vida del hombre, y por lo tanto el gérmen de su existencia moral, tiene amplia facultad, no de ejercer

los derechos del que amamantó á su seno, mas sí á enorgullecerse de haber dado al mundo un ilustre poeta, un buen ministro, un excelente médico, un distinguido arquitecto ó un honrado labrador.

¡La madre despues de Dios!

L. VEGA REY.

CUADROS REALES

¡POBRES NIÑOS!

Es de noche: sopla helado
el viento de Guadarrama,
y cae de las pardas nubes
nieve mezclada con agua.

Un pobre niño tiritá,
y del cierzo se resguarda
cobijado en el umbral
de la puerta de una casa.

Andrajos lleva en su cuerpo
que á cubrirle bien no bastan,
y tiene del viento crudo
enrojecida la cara.

Una con otra restringa
las manos amoratadas,
y no llora, porque el llanto
se hiela entre sus pestañas.

—
Cerca de allí, en una alcoba
de raso azul tapizada,
acostado en cuna de oro,
sobre plumas y entre holanda,
un niño pálido duerme
y vela á su lado un aya,
con un libro entre las manos
sobre el cual da cabezadas.

De pronto el niño despierta
y con voz llena de lágrimas:
— ¡Mamá, dice, mamá mía!
— Vamos, *bebé*, duerme y calla,
ó vendrá el *coco*, le dice
la extranjera con voz agria.

El niño asustado oculta
la cabeza entre la almohada,
y cierra los rojos párpados
para no ver al fantasma.

—
¡Pobres niños! Frío sienten
los dos por distinta causa:
el uno, frío en el cuerpo;
el otro, frío en el alma.

MIGUEL RAMOS CARRION.

UNA MADRE ARTISTA

LUCINDA SIMOES DE FURTADO COELHO

Nació á fines del año 1850.

Su padre era un actor portuguez, lo cual vale tanto como decir que Lucinda vió la luz en pleno Conservatorio.

Me explicaré. Yo creo que la mejor enseñanza para los que se han de dedicar al arte escénico es el balbuceo de la infancia entre los telones y las bambalinas. Se aprende á hablar en medio de personajes ficticios; se ve la vida, la sociedad, el mundo, concretados á los sentimientos que se expresan en las tablas. El niño llega á la edad adulta con un bagaje en la memoria de tiradas de prosa, de versos sublimes, de ideas, de afectos que ha visto manifestar desde sus primeros días á esos artistas que una vez son reyes y otras mendigos, pero que siempre hablan un lenguaje apropiado á las circunstancias de sus respectivos papeles.

Tal sucedióle á Lucinda Simoes.

Yo la he interrogado acerca de sus impresiones infantiles.

Y ella me ha contestado ingenuamente:

«¡Oh!... mi infancia se reduce á lo siguiente:

«Una gran educacion extraña al teatro por parte de mi padre. No quería que me dedicara á la escena; y haciendo toda clase de sacrificios, me hizo educar en uno de los principales colegios de Lisboa, indudablemente el primero, por la alta clase lisbonense que lo favorecía. Yo aprendí dócilmente á hacer toda clase de primores; pero lo que más me atraía era el teatro. ¡Oh! Cuando yo asistía á las representaciones en que tomaba parte mi padre, parecíame que todo mi sér se quedaba allí anegado entre el hirviente conflicto de pasiones y sentimientos desarrollados plásticamente en las tablas. Yo me aprendía de memoria todos los papeles de mi padre, y á hurtadillas, en el silencio de mi cuarto, los recitaba como si tuviera delante de mí á un numeroso público que hubiese de juzgarme.»

Cuando Lucinda me refería esto, brillaban sus ojos con fulgor extraordinario.

Su infancia fué ya una lucha. El padre de la que es hoy eminente actriz no quería que se dedicara al teatro.

Lucinda recuerda y practica aún los primores que aprendió en el colegio. No sólo es inteligente en música, sino que dibuja también con bastante corrección, habla muchos idiomas y borda admirablemente. El pañuelo bordado que regaló á su esposo el día de su casamiento, fué evaluado por los inteligentes de París en 4.000 francos.

Es además excelente madre de familia.

En los entre actos, cuando llega á su cuarto y resuenan aún en sus oídos las aclamaciones y los aplausos del público, Lucinda se acuerda de sus hijos.

Tiene dos gemelos de cuatro años y una niña de menos edad.

Si entonces, al verla abstraída y meditabunda, con los ojos fijos en un punto vago del espacio, la preguntais:

— ¿En qué piensa usted?

Os contestará:

— Estoy envolviendo la ovación en cariñosos y mentales besos para enviársela á mis hijos.

PEDRO BOFILL.

BENEFICENCIA

EL SACERDOCIO DE LA INFANCIA

El médico junto al lecho del dolor; el párroco á la cabecera del moribundo; la hermana de la Caridad completando á estas dos clases excepcionales de seres, cuya vida se consagra por entero al bien de la humanidad en continuo y mal comprendido sacrificio, no son todavía la última expresion del altruismo; aún gozan con el pensamiento; aún se deleitan con la conciencia del bien que producen, y sus sacrificios tienen así compensacion muy digna.

Para significar, no obstante, cuánto apreciamos las virtudes de esos seres y su abnegacion, damos á la mision que llenan el nombre de *sacerdocio*.

¿Cómo deberemos llamar al sacrificio absoluto, completo, sin más límites ni esperanza que la miseria, al sacrificio del *lazarillo del ciego*, que vaga de continuo conduciendo la rígida, vacilante y regañona figura del condenado á la noche eterna en demanda de la limosna?

¿Cómo deberemos llamar al tierno niño que inspiraba á E. de Amicis estas sentidas frases? . . .

Mentre l' obolo mio

Ti porgo, umile tu levi il capello...

Ah, no, non sei tu quello

Che di noi due s'ha da scoprire: son io.

Ese ángel ejerce el *sacerdocio de la infancia*.

BENITO AVILES.

CARTAS A UN DIPUTADO PROVINCIAL

SOBRE EL HOSPICIO Y LOS HOSPICIANOS

Carta tercera

¿Qué debiera ser el Hospicio? Al escribir estas palabras no puedo por menos de recordar los trabajos de una persona para mí muy querida, á quien preocuparon grandemente los vitales problemas de la Beneficencia y dedicó todos sus desvelos á los desgraciados.

En estudios que tengo á la vista, y que han permanecido inéditos, plantéanse con vigorosos trazos las bases sobre que debían asentarse asilos de la importancia del Hospicio en capitales como España.

Dejando á un lado la *organizacion moral*, por así decirlo, del que llamaba *familisterio* en mi última carta; suponiendo, como no puedo por menos de suponer, que han sabido Uds. escoger para director un hombre de ciencia que, en los momentos en que esto escribo, tendrá ganada unánime eleccion, y que esa persona, inteligente en asuntos benéficos, rica en experiencia y

honradez se halla pensando en modificar radical y sabiamente la defectuosa organizacion del Hospicio, debo decir hoy dos palabras acerca de lo que á mi juicio tiene que hacerse con los valiosos elementos allí reunidos. Decía el inolvidable bienhechor de los pobres á quien aludo, y yo creo lo mismo, que el Hospicio debía ser el núcleo de una escuela industrial modelo, en la cual todos los ramos, desde los artículos de primera necesidad, hijos de la carpintería, hasta las maravillas de la imprenta, todos cuantos talleres se hallan abocetados solamente en aquel punto, tuvieran desarrollo amplio. De este modo podría con el tiempo, y contando con esas grandes masas de inteligencias jóvenes y los ingresos que naturalmente se alcanzarían, competir con las industrias extranjeras en baratura y perfeccion, los educados de este modo estarían en condiciones de ganar desahogadamente el sustento donde quiera que fueran, y, por último, el asilo sería el núcleo fecundo de donde por sucesivas segmentaciones nacerían nuevos centros particulares regidos por los aplicados hijos de la Caridad.

No quiero de intento entrar en prolijos detalles; para ello tendría que transcribir la Memoria que con pena veo sobre mi mesa, con el dolor con que se ve el cadáver de una hermosa joven muerta ántes de ser madre. Idea tan fecunda tendrá seguramente desarrollo ¿pero cuándo? Creo positivamente que tardará mucho tiempo en verse siquiera comprendida. El único inconveniente que encontraron para plantearla fué la falta de fondos. ¿Como si fuera preciso para emprender nobles empresas muchos millones!...

Bien es verdad que, cuando se presentan trabajos meditados, se alcanza como premio á los afanes de una vida un expresivo voto de gracias...

Yo se lo doy á Ud. tambien muy cordial por su bondad, despidiéndome hasta la próxima, toda vez que en estos instantes los festejos ocuparán y preocuparán muchísimo á esa ilustre Corporacion, vedándome ser más extenso.

MANUEL DE TOLOSA.

LA MUJER Y LA CARIDAD

Á LA BUENA MEMORIA DE DOÑA DOROTEA ALONSO
DE MAESTRE

La Naturaleza, que dió al hombre la energía, la fuerza, concedió á la mujer la ternura; el sentimiento hace predominar generalmente en él el temperamento sanguíneo, impetuoso y pronto en ejecutar, pero impremeditado y propenso al olvido, y en ella el nervioso sensible sobremanera, propicio para la asimilacion de las ideas y el pacimiento de los afectos, unido al linfático, reflexivo y constante en la conservacion de los afectos. En el hombre se encuentra la madurez de juicio necesaria para el estudio de los grandes problemas de la ciencia; la mujer posee la idea innata de la belleza para la mejor apreciacion de las manifestaciones artísticas. El reúne, á la actividad que todo lo realiza, el valor que ante nada retrocede; mientras que, segun

afirma uno de los poetas que en nuestro siglo mejor supo expresar la delicadeza del sentimiento (1),

Ella tiene la luz, tiene el perfume;
El color y la línea;
La forma engendradora de deseos;
La expresion, fuente eterna de poesía.

La mujer, tímida y sensible por temperamento, fraterniza necesariamente con la Caridad por el espíritu de amor que anima á ésta. Una y otra se buscan y completan. La Caridad, sin el perspicaz instinto de la mujer para conocer las necesidades que la dignidad pretende ocultar, sin su delicadeza para recorrer al menesteroso sin que la altivez de éste se ofenda, sin su perseverancia para denunciar un día y otro día abusos inveterados en la beneficencia pública, resultará siempre escasa, cuando no inútil. La mujer sin la caridad (que con la íntima satisfaccion que el ejercicio del bien inspira, minora las propias penas al consolar las extrañas desventuras, y ángel de resignacion y esperanza engendra la conformidad y proporciona el bien-estar al indigente) seca los purísimos afectos que Dios puso en su corazon; y olvidando que los sinsabores que acibaran su vida pueden proceder de sus defectos ó de circunstancias transitorias, tórnase egoísta, insensible, calculadora y liviana. *La mujer, rica en sentimiento* (escribe el Dr. Alonso y Rubio), *no puede vivir sino en esa atmósfera expansiva, donde su corazon se dilate y se cumplan sus altas aspiraciones de hacer bien, de ejercer la caridad.*

Para la prosperidad pública por la moralizacion de los individuos, es preciso educar por el sentimiento el corazon de la mujer. «Si la mujer no es poderosa — dice un ilustre pensador contemporáneo (2) — á deshora, arrebata á la ciencia y al universal aprecio á dar á la sociedad el calor de sus virtudes; si modesta y candorosa, y llena de amor y piedad, no inspira á la sociedad el aliento de nueva vida, la sociedad perecerá en medio del materialismo que aquí nos rodea, ó caerá desecada por frío y desconsolador escepticismo. El ideal toma siempre forma femenina, y el hombre no se humilla, ni adora, ni ama con fervor sino aquello en que resplandece la esencia de la mujer. Sea ella como vaso de perfumes, suave y discreta, tierna y de gusto delicado; broten de su alma limpios y castos pensamientos, y cuando casada procure imitar á la mujer fuerte del Evangelio, y ella tendrá, no todo es verdad, pero sí lo que más importa para cumplir el destino á que la llama su naturaleza.» Conviene, es necesario que se sienta en la sociedad el benéfico influjo de la mujer, en todas sus edades, estados y posicion social por la práctica de la caridad, desde los primeros años de la infancia hasta los apacibles y serenos días de su ancianidad, y que se la habitúe al conocimiento del dolor para su pronto remedio, y ante el constante espectáculo de las debilidades humanas se formará un carácter indulgente para juzgarlas, y compadeciéndolas procurará evitar su reincidencia. Niña, socorra á las otras pequeñuelas

(1) Gustavo Adolfo Becquer.

(2) José Moreno Nieto.

y al mendigo; adulta, cercene el tiempo de sus juegos para dedicarle á enseñar los primeros rudimentos de la instruccion primaria á los párvulos de las clases pobres; adolescente, en esa hermosa edad en que, conservando la ingenuidad de la niña, enseñóranse del alma indifinibles ensueños de algo desconocido hasta entónces, deben fortificarse en su corazon ideas de confraternidad con el desgraciado; y cuando esposa y madre, no haya en su inteligencia fragilidad ni extravío desconocido, y por su edad y su respetabilidad pueda ser garantía para la reparacion de faltas originadas por la ceguedad de la pasion, sirva de confidente á la mujer abandonada y procure ampararla para que su honor no sufra detrimento, ni funda el arrepentimiento de la extraviada, y destruya por la persuasion y el consejo la venta mercenaria de la mujer pecadora, vigile las inclusas, los hospicios, visite los hospitales y frecuente los presidios de mujeres para inculcarles la idea de la virtud é impida la contumacia en el delito.

Donde haya que sufrir, amar y crear, allí encontréis en primer lugar á la mujer; ella lloró por el Hijo del hombre cuando, escarnecido, caminaba para el suplicio por las calles de Jerusalem; ella enjugó su faz, y en el Calvario, cuando sus discípulos andaban fugitivos y dispersos, sola la Virgen madre y las santas mujeres del Evangelio permanecieron en el Gólgota hasta que fué sepultado el unigénito de María. Notorios son los desvelos de la Junta de Damas de honor y mérito en la administracion de la Inclusa de Madrid; públicos los beneficiosos resultados de la Asociacion de Señoras que forman la Junta de Beneficencia domiciliaria; eterno recuerdo de gratitud guardan á la memoria de la condesa de Espoz y Mina los acogidos en el hospicio de la Coruña; digna de encomio es la abnegacion de la vizcondesa de Jarbalan renunciando á las comodidades que su condicion social la brindaban para confundirse entre esas infelices pecadoras convertidas al bien por el arrepentimiento. Y, finalmente, nunca será bastante aplaudida la nobilísima campaña hecha por medio de la prensa por D.^a Concepcion Arenal en pro de los desvalidos, los penados y de cualquier desventura física ó moral por insignificante que sea.

Los beneficiosos resultados de la intervencion de la mujer en las Juntas y Asociaciones de Caridad, y la opinion unánime de todos los que han escrito sobre Beneficencia, pidiendo para ello una representacion activa en este ramo del derecho administrativo, inspiraron el decreto de 27 de Abril de 1875. Créase por dicho decreto en Madrid una Junta de Señoras, confiriéndola la suprema inspeccion de todas las asociaciones y establecimientos benéficos, sobre todos aquéllos asilos destinados á las de su sexo, entendiéndose directamente con las demás Asociaciones de Señoras de la península, con la facultad de crear nuevas Juntas de Señoras en todos los pueblos de la nacion.

A pesar de obedecer este decreto al laudable propósito de cumplir con un deber de justicia, dando á la mujer una participacion activa en la beneficencia, convierte en patrimonio de una clase determinada el ejercicio de la caridad. Concédase en buen hora á la aris-

tocrática dama y á la acaudalada señora la direccion de la Beneficencia; lo elevado de su alcurnia, su desahogada vida le permitirán con mayor provecho para los menesteros el socorrerlos y corregir los abusos administrativos en los establecimientos benéficos; pero no se prescinda de la mujer de la clase media, que por lo excepcional de su posicion social puede apreciar mejor ciertas necesidades y remediarlas; búsquese el auxilio de la artesana, de la hija del pueblo, que por su modesta posicion vive entre los indigentes, y podrá determinar mejor la certeza de la limosna solicitada ó de la pobreza desconocida. Reúnanse, pues, en las Juntas centrales y de Beneficencia domiciliaria todas las categorías sociales; porque si en el mundo moral es censurable su divorcio, tratándose de la caridad es impío y monstruoso.

ANTONIO MAESTRE Y ALONSO.

PENSAMIENTOS Y FRASES

A

EN SU CUMPLEAÑOS

No debo en este día
felicitarle,
sin guardar un recuerdo
para tu madre.
La quise mucho
por haberte engendrado
tan á mi gusto.

Con tus zalamerias
soy muy dichoso,
y tus dulces mimitos
me vuelven loco;
¡me dan la vida!
y si no me mimases
me moriría.

Ya no dudo, bien mio,
que Dios me ha puesto
más de cien corazones
dentro del pecho.
¡Con uno sólo
no podría adorarte
como te adoro!

Nuestras madres reunidas
allá en el cielo,
contarán á la Virgen
nuestros deseos.
¡Benditas madres
si logran que se cumplan
nuestros afanes!

JUAN PEREZ ZÚNIGA

UNA BODA FILARMÓNICA

Un señor de muchas campanillas tenía una hija
más alegre que unas castañuelas, la cual, á cen-

cerros tapados, se dejaba *dar organillo* de un *pobre trompeta*, quien con frases de *cascabel gordo* había logrado *dar en la tecla* de que la chica le quisiese. El padre de ésta, que era un pájaro que *cantaba en la mano*, y que no gustaba de *templar gaitas*, se propuso *armar un caramillo* y *dar al traste* con tales amores. A este fin empezó por *apretar las clavijas* á la muchacha, diciéndola:

— A mí no me *vengas con canciones*, porque si te empeñas en *dar oídos* á ese danzante, seré yo capaz de *darte un solfeo*.

Asustada la chica con esta *salida de tono*, fingió *estar en armonía* con su padre y *cantó la palinodia*; pero como su amor *subía de punto* con las dificultades, y como además *sabía de coro* que *no se puede repicar y andar en la procesion*, mientras el padre *andaba en la danza* de sus negocios, ella, *pian, piano*, se conconcertaba con su novio.

En buenas manos estaba el pandero; y como *al fin se canta la gloria*, cuentan las crónicas que estos finos amantes lograron *poner el cascabel al gato*, y cuando todo estuvo *á punto de solfa* se casaron, dando despues *La Correspondencia mucho bombo* á tan brillante boda.

FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

EL NIÑO Y LA VIOLETA

(IMPROVISACION)

¿Por qué solitaria
La flor de las flores
Su cáliz hermoso
Esconde á la luz?

La flor solitaria
Al niño responde:
¡No brilla en el mundo
Quien tiene virtud!

ANTONIO RAFAEL DE PÓO.

La dulzura del amor de la esposa y de los hijos excitan al hombre á trabajos y cuidados para atender á sus necesidades físicas y morales, para proporcionarles el mayor bien físico y moral posibles; y esta honrada vida de familia, enseñándoles á respetar y amar, y educándoles para el bien y para vivir moralmente con la esperanza de otra vida mejor, es, no sólo ejemplo que puede transmitir á los demás de su especie para la formación de las costumbres sociales, sino un freno que le obliga, teniendo que ser modelo de conducta entre su propia familia y espejo en que sus hijos se miren para acomodar la suya á no separarse jamás de las reglas del deber.

(MARQUÉS DEL BUSTO.)

El amor filial es débil preludio de todos los futuros amores. El materno la condensación de todos.

Desgraciado aquél que se avergüenza de sus padres y pretende que sus hijos se enorgullezcan de él.

¡Una madre y un niño! ¡Arbol y semilla! ¡Ay del árbol si la tierra no está cultivada! ¡Ay del jardinero si no es cuidadoso!

Ver morir un niño es lo mismo que contemplar por vez primera, en un día oscuro y entre nubes, un rayo de sol en el ocaso.

Quien no ama á los niños es indigno de ser amado.
(DR. FAUSTO.)

Desarrollar en el individuo toda la perfección de que es susceptible: hé aquí el objeto de la educación.
(KANT.)

DICHOS Y HECHOS

Nuestro muy querido amigo y colaborador, el distinguido novelista D. José Ortega Munilla, del cual publicaremos en uno de los próximos números un bello capítulo de su última novela inédita *Panza al trote*, recibe en estos momentos enhorabuena por el nacimiento de un nuevo hijo. Unimos nuestros votos á los que inspira á todos la venida al mundo de ese hermoso niño, felicitando respetuosamente la virtuosa Madre.

Los doctores Gonzalez y Gutierrez, de Zacatecas (Méjico) nos comunican la fundación de una Sociedad encaminada á procurar la instrucción, moralidad y los auxilios médicos entre los médicos. La deseamos largos años de vida y la ofrecemos nuestra humilde amistad.

Dice un periódico de Málaga:

«Las nodrizas de la Casa de Expósitos se ven en el triste caso de tener que implorar la caridad en vista de que la Diputación no les satisface sus devengados honorarios.

»Los niños asilados han sido despedidos de los establecimientos que ocupaban, llegando estos infelices al doloroso extremo de pasar las noches en los portales de las casas, y robar uno de ellos un pan para alimentarse y alimentar á algun desgraciado compañero.

»Todo esto ha sucedido en Alicante; pero ¿no es verdad, caros lectores, que á nadie le llamará la atención el que tambien sucediese en Málaga?»

Y si se piensa un poco, es posible se diera traslado de tan desconsolador suceso á todas las capitales de España, donde ocurre casi lo mismo.

Suma y sigue.

Escribe el *Diario del Ferrol*:

«Es cierto que las niñas del Hospicio no asisten, como está mandado, á las escuelas públicas?

»¿Es cierto que las muy contadas que asisten lo hacen cuatro ó seis días al mes, y el resto del tiempo lo pasan en el asilo ocupadas en no sabemos qué?

»¿Es cierto que, con el pretexto de que no sean gravosas al establecimiento, se trata de ponerlas á servir en casas particulares cuando aún no tienen edad para ello ni han recibido la instruccion que debe darse á esos desgraciados séres?

»¿Es cierto que de todo esto tiene conocimiento el señor alcalde, y no trata de poner remedio al mal haciendo que cada uno cumpla estrictamente con su deber?

»Cuando hayamos tenido contestacion á las anteriores preguntas, formularemos otra de la misma ó parecida índole.

»Que hay tela para rato.»

Aquí tambien, caro colega, hay muchas piezas de la misma clase por cortar.

El dentista norte-americano Dr. Tincker tuvo la bondad de invitarnos á la inauguracion de sus espléndidos salones, que rebosaban gente distinguida en ciencias, letras y artes. En su virtud, los médicos presenciaron varias operaciones hechas con el anestésico *protóxido de azoe*. Los literatos tuvieron ocasion de lucir su discrecion é ingenio, y los artistas de exhibir sus envidiables dotes. Un espléndido *lunch* reunió á todos, que elogiaban el buen gusto de la instalacion, la riqueza y profusion de instrumentos, la agradable voz de su consocio Sr. Landa, y la belleza y amabilidad de su esposa, que hizo perfectamente, en union de varias simpáticas señoritas, los honores de la casa que el Dr. Tincker ha montado en la calle de Alcalá.

Reciba nuestro parabien, y sea bien venido á España el práctico extranjero.

El *Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazon de Jesus* celebra una rifa. Envien donativos para ella los que no puedan acudir á depositar una limosna para tan grande y meritoria obra.

Nuestro Director ha sido nombrado miembro titular de la *Sociedad Protectora de la Infancia* de París.

Un acto sumamente plausible y caritativo ha tenido lugar en San Fernando, provincia de Cádiz, y nos complace en publicarlo para satisfaccion y consuelo de los que en él intervinieron.

Al llegar á dicha poblacion, de paso para el presidio á que estaba destinado, un preso procedente de Cádiz, tuvo precision de separarse de un hijo de pocos años que llevaba consigo, y en medio del dolor y desconsuelo de dejarlo abandonado, pues en dicha localidad no tenía deudos ni amigos, tuvo el inefable placer de que un pasajero de Jerez, y de poca fortuna, tuviese la cristiana inspiracion de recogerlo y llevarlo á su casa, en la que vivirá y estará atendido el inocente niño, que á no ser por tan generoso rasgo se hallaría abandonado y necesariamente predispuesto á su perdicion.

Se nos asegura que el acto de separarse el hijo de su padre y ser acogido por el filántropo jerezano fué conmovedor y afectó muchísimo á cuantos lo presenciaron.

Rogamos encarecidamente á cuantas personas se interesen por la infancia y tengan datos referentes á puntos relacionados con la *proteccion* de la misma, sepan la organizacion de asilos ó fundaciones de carácter privado, conozcan hechos relacionados con la educacion y mejora de los penados jóvenes, tengan algun proyecto ó idea respecto de los medios de prevenir el abandono y reprimir los malos tratos de padres indignos, etc., etc., en una palabra, cuantos quieran colaborar á la gran obra del primer *Congreso internacional protector de la infancia*, nos envíen seguidamente, ántes del 10 de corriente, lo que tengan reunido ó pensado acerca del particular.

Suplicamos á nuestros compañeros en la prensa citen LA MADRE Y EL NIÑO cuando tomen, como con frecuencia ocurre, artículos enteros de sus columnas.

ESTADO SANITARIO

Segun la *Revista de enfermedades de niños*, el estado sanitario de la infancia en Madrid durante el mes pasado fué el siguiente:

» Han decrecido de una manera notable las fiebres eruptivas, contándose á pesar de ello algunos casos de escarlatina maligna; las afecciones diftericas, aunque en escaso número, no han dejado de presentarse, así como anginas catarrales, bronquitis, catarrros generalizados, y sobre todo la tos ferina, que puede decirse adquirió carácter epidémico; los trastornos intestinales continúan afectando graves formas, sobre todo en los niños debilitados por las discrasias escrofulosas y sifilíticas, así como aquellos sometidos á una alimentacion defectuosa ó insuficiente; las fiebres intermitentes no han disminuido ni en intensidad, ni en número, siendo muy de notar los infartos viscerales tanto hepáticos como esplénicos que aquejan los niños de las clases menesterosas en la segunda infancia.

» Esto resulta de lo observado en el Hospital del Niño Jesus, salas y consulta pública, en la Inclusa y la clínica particular por los doctores BENAVENTE, GONZALEZ ALVAREZ, GONZALEZ PEREZ, LOPEZ PUMARES, MAENZA, PEREIRO PULL, RIBERA TIerno y TOLOSA LATOUR, redactores de dicha Revista.»

PUBLICACIONES RECIBIDAS

DR. LEOPOLDO LOPEZ GARCÍA: *Consideraciones sobre la técnica histológica moderna, su importancia y sus aplicaciones*. — Madrid, 1883.

El Dr. Lopez García, que es un experimentador concienzudo, que maneja bien el microscopio y la pluma, ha dado á la luz pública una Memoria muy interesante, que mereció plácemes al ser leida en la *Academia Médico-Quirúrgica Española* y que interesa mucho á los histólogos.

— BREVE NOTICIA DE LOS BAÑOS DE CALDAS DE BE-SAYA (Santander). Propietaria: Excma. Sra. Doña Vicenta Cruzada Villamil, 1883. — En un bien escrito y elegante folleto se dan á conocer las reformas y mejoras que ha sufrido este importante establecimiento, cuyo mejor elogio es el número que alcanza, la concurren-

cia que le frecuenta, y sobre todo los nombres de su opulenta propietaria, la distinguida Sra. Doña Vicenta Cruzada Villamil, y del médico director, el reputado doctor D. Benigno Villafranca.

—A. ESPINA Y CAPO: *Apuntes climatológicos é hidrológicos acerca de Panticosa* (Pirineos españoles). — Zaragoza, 1883.

Ningun médico debe enviar á sus enfermos á Panticosa sin leer ántes el precioso folleto de nuestro querido amigo Espina. Ningun enfermo ilustrado debía dejar de adquirirlo; pues si el primero hallará precisadas las indicaciones, el segundo necesita conocer los itinerarios y los consejos que el autor da en su estudio.

—JOSÉ DE LETAMENDI: *LA MUJER. — Estudio social procedido de un esbozo biográfico acerca del autor*, por F. Degetau y Gonzalez. — (Segundo volumen de la *Biblioteca pequeña*, 1883.)

Por treinta y cinco céntimos de peseta se pueden adquirir los bonitos tomos de la Biblioteca que hoy anunciamos, la cual se ha enriquecido con un trabajito del doctor Letamendi, original, correcto é instructivo como todo lo suyo. El Sr. Degetau ha trazado su perfil en breves líneas, presentado un retrato pequeñito pero parecido.

—LUIS DE MARLÉS: *Plan de reforma de las Casas de Caridad y Misericordia*. — Lérida, 1883.

— *Estudio médico, topográfico y estadístico de Lérida*. — Lérida, 1883. — La importancia de estos trabajos nos obliga á anunciarlos solamente, reservando para estudio de mayor extension nuestras observaciones. El Sr. Marlés es hombre de ciencia y hombre de corazon, y justo es ocuparse con todo detenimiento de sus libros.

—HUBERT BOENS: *Tratamiento de la agonía*. — Traducción de P. Alvarez Delgado. — Madrid, 1883. — Hé aquí un curioso opúsculo que demuestra que es preciso no dejar morir una persona sin auxiliarla en su agonía, pues hay casos en que se salvan algunos enfermos. Demuestra además que el Sr. Hubert escribe perfectamente y que el Sr. Alvarez Delgado, además de la buena eleccion para su traducciones, las hace muy correctas.

— *La ciencia y el arte de la Cirugía, ó Tratado de las lesiones quirúrgicas. Enfermedades y operaciones*, por JUAN ERIC ERICHSEN, traducido de la última edicion inglesa por Angel Pulido Fernandez. — Obra ilustrada con 1.200 grabados. — Tomo I. — Teodoro, impresor, 1883. (Pertenece á la Biblioteca escogida de *El Siglo Médico*.)

Obra cuya importancia se demuestra con sólo decir que va á ser traducida de nuevo al castellano, tiene el mérito de estar escrita por uno de los prácticos más distinguidos de Inglaterra y vertida al castellano por uno de los escritores médicos más castizos de España y á la par cirujano distinguido, discípulo predilecto del ilustre Dr. Velasco, á quien dedica este excelente trabajo.

— *El Congreso de Higiene y Demografía en Ginebra*, por D. FELIPE OVILO Y CANALES, subinspector de segunda clase, médico mayor del Cuerpo de Sanidad militar, delegado del ministerio de la Guerra en dicho Congreso, con un prólogo del Excmo. é Ilmo. se-

ñor Dr. D. Bonifacio Montejo, secretario de la Direccion general de Sanidad militar y presidente de honor del referido Congreso. — Madrid, librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, 1883.

El Sr. D. Felipe Ovilo, muy querido amigo nuestro y distinguido colaborador de esta Revista, parece como que nos impide ser muy expresivos en los elogios que merece su nuevo trabajo. Sin embargo, cuando la verdad y la justicia inspiran, como en el presente caso, á la amistad, nada más lógico y natural que decir lisa y llanamente lo que de la simple lectura de un libro como el que tenemos á la vista se desprende. Y decimos libro, porque aun cuando tiene el aspecto de folleto es tan compacta la lectura que encierra que bien pudiera llenar doscientas ó más páginas. En él se describen, como el Sr. Ovilo sabe hacerlo (pues nuestros lectores no habrán ciertamente olvidado sus bellos artículos literarios), cuantos acontecimientos tuvieron lugar en aquel memorable certámen, al propio tiempo que se condensan los hechos científicos con extraordinaria claridad. Precédele un bien escrito prólogo de D. Bonifacio Montejo, habiéndose hecho una tirada tan reducida, dada la importancia del libro, que seguramente á estas horas estarán agotados los ejemplares, que se venden á dos pesetas en casa del conocido librero Fernando Fe.

—CÁRLOS FERNANDEZ SHAW, poesías, con el retrato del autor grabado por Maura. — Gutenberg, Príncipe, 14. — Madrid, 1883. — Un tomo, 3 pesetas.

De este notable libro ya nos ocupamos en otro lugar. Sólo diremos que la librería Gutenberg ha demostrado un excelente buen gusto en la edicion. Felicitamos por ello al inteligente encargado de la misma, D. José Ruiz, tan experto en el ramo de librería.

— MARTINEZ DE ANGUIANO, *Monografía de la caguexia acuosa ó comalia en los animales domésticos*. — Zaragoza, 1883.

Este folleto, utilísimo á los veterinarios y ganaderos, toda vez que esta enfermedad afecta de preferencia al ganado lanar, es debido al distinguido Director y catedrático de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza Dr. Anguiano, bien conocido en el mundo científico. Felicitamos cariñosamente á nuestro buen amigo por su nuevo trabajo.

PERIÓDICOS: *La Broma*. Ha publicado un número monumental, digno por sus condiciones artísticas y literarias de competir con las mejores del extranjero. — *El Diario del Ferrol*, *El Constitucional*, *El Popular*, *La Gaceta Universal*, *La Reforma Penitenciaria*. — *La Madre de familia*, de Granada, dirigida por doña Enriqueta Lozano de Vilches. — *El Mosquito*, de Jaen. — *La Antropología Moderna*, órgano oficial de la *Academia Española de Ciencias Antropológicas*, Director: Pablo Alvarez Delgado, primer número. — *Revista de la Sociedad Española de Higiene*. Directores-gerentes: doctores Carreras Sanchis y Fernandez Velasco, número 1.º (Véase el anuncio). — *España*.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8